

Padre Otto Hophan

Los Apóstoles

El Evangelio refiere dos misiones apostólicas. La primera sucedió en medio de la vida pública de Jesús poco después del alejamiento del pueblo a causa de las parábolas y de la prisión del Bautista. San Mateo nos describe la situación espiritual del pueblo en aquella época: «Cuando Jesús vio a la muchedumbre se llenó de compasión, porque se hallaban derrotados y tendidos como ovejas sin pastor.» Y el Señor en su misericordia quiso multiplicar su pan y su palabra por medio de sus Apóstoles. La voz de los Doce había de hacer múltiple eco a las palabras del Bautista: «Mirad que se acerca el Reino de Dios.» Esta primera misión fue confiada con prudentes precauciones a los Apóstoles. Estos vicarios primerizos del Maestro habían de realizar su prueba apostólica bajo la vigilancia de su bondadosa mirada, muy cerca de Él y lejos del tumulto del mundo. «No toméis el camino de los gentiles ni vayáis a los samaritanos. Id a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Cumplía el Señor con esta limitación las promesas que habían sido hechas al pueblo escogido. Aquella primera misión fue también limitada en cuanto al tiempo. Hubiera sido impropio mandar a los Doce a consumir la mayor parte de su tiempo en la predicación cuando todavía era para ellos tiempo de aprender y no de enseñar sin intervención ninguna. Muy pronto, en efecto, los volvemos a encontrar en torno del Maestro dándole cuenta de cuanto habían hecho y enseñados, y aguardando llenos de expectación, como escolares en tiempo de examen, el juicio de su Maestro bueno y sabio. Los poderes, que en aquella su primera salida les confiara el Maestro, son limitados y no difieren mucho de los otorgados a los setenta y dos discípulos: la difusión de sus palabras y, como preparación, la prueba de los milagros. «Se pusieron en camino y predicaron la penitencia. Expulsaron muchos malos espíritus y ungieron con óleo a muchos enfermos, cifrándolos de sus dolencias.»

Si con aquella única misión hubiera quedado concluida la labor de los Doce, pudiéramos afirmar que sólo entonces fueron «Apóstoles». Enviados del Señor. Pero tal idea es en sí misma inverosímil. El corazón del Señor, lleno de gracia y de amor, lleno de compasión y misericordia, no podía detenerse en las ovejas perdidas de la casa de Israel; su compasión pasa sobre Israel a todo el ancho mundo desorientado y perdido en las tinieblas, porque Él es el Salvador del mundo. En realidad, el Evangelio no ha sido promulgado para la salvación de Israel tan sólo, sino para la salvación de toda la humanidad. El mismo Jesús lo expresó claramente ya en los primeros pasos de su vida pública: «Vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán en el Reino de los Cielos con Abraham, Isaac y Jacob», y en la parábola del Convite hace venir a los invitados de las calles y callejas de la ciudad, de los caminos y senderos del campo. Nos sería difícil y prolijo reunir todos los pasajes en que Jesús extiende su acción al universo y al futuro, saltando las barreras de su tiempo y de su pueblo. Contra la repetida afirmación de que

Jesús hablaba como si fuera inminente el fin del mundo, y se ilusionaba e ilusionaba a sus Apóstoles con esta consoladora esperanza, se han de destacar aquellas terminantes palabras suyas: «Este Evangelio será anunciado en todo el mundo en testimonio para todas las gentes y entonces será el fin.» ¿Quién se encargaría de llevar su Evangelio a todas las naciones del mundo? Sus leales, sus Apóstoles. Los enviaría por segunda vez, pero no ya a sólo el pueblo de Israel, sino al mundo universo. No por quince días, sino para siempre. No tan sólo para extender sus palabras y sus milagros, sino también su sangre y su gracia.

En el monte de Galilea, en donde los reunió después de su Resurrección, habló de esta manera a los once: «Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todos los pueblos. Bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y enseñadles todo cuanto yo os he mandado. Mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.» ¡Momentos de impresionante grandeza! Unos minutos más tarde levantará el Señor por última vez su mano para bendecirlos y su cuerpo clarificado por la resurrección se elevará al Padre. ¡Cómo podría apartarse de nosotros sin cuidado ninguno, sin preocuparse más de nosotros! ¿No nos quedaría de Él otro recuerdo que las pobres huellas de sus pies impresas, según la leyenda, en la piedra de donde se elevó a los cielos? ¡No! Ved cómo el mundo era su última preocupación. Él deposita su amor y su poder en aquellos hombres, que por su mandato llegarán hasta los confines de la tierra. San Mateo es de los cuatro evangelistas quien más vigorosamente y con más belleza nos refiere el mandato del Maestro. Pero, aunque este pasaje se hubiera perdido, aún nos quedaba la relación de los otros tres, por donde llegar a conocer la última voluntad del Señor. Dice San Marcos: «Y Él les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las criaturas.» Y San Lucas: «Y que en su nombre se predicara a todos los pueblos, empezando por Jerusalén, la penitencia y el perdón de todos los pecados.» Y San Juan en un relato conmovedor nos ha referido la transmisión del poder y de la gracia para la salvación de todo el mundo y de la grey del Señor dispersa por todos los siglos: «Simón, Simón, ¿me amas más que éstos? ¡Apacienta mis corderos! ¡Apacienta mis ovejas!» Estos textos prueban sobradamente cuán grande era la preocupación por la salvación del mundo, que en aquellos últimos momentos de su estancia entre los hombres llenaba el corazón del Maestro. Éste es el primer pensamiento que nos viene a las mentes cuando vemos cómo, volviendo Él al Padre, su primer cuidado es dejar asegurada por sus Apóstoles la evangelización del mundo. En estos hombres y por ellos continuaría su obra redentora.

Los Apóstoles son, pues, los Maestros del mundo. No son sólo filósofos cuyas doctrinas a nada comprometen, ni son predicadores que no suscitan más que un movimiento de curiosidad. Ellos son los anunciadores oficiales de los secretos de la voluntad de Dios. Ellos tienen poder sobre el espíritu humano para cautivarlo al servicio de Cristo. Cuán grande fuera la autoridad docente de los Apóstoles nos lo muestra la misma historia de las sectas cristianas de los primeros siglos, que trataban de confirmar sus errores con los escritos, muchas veces apócrifos, de los Apóstoles. Los Evangelios, Hechos y Cartas, atribuidos a los distintos miembros del Colegio Apostólico, prueban que en

aquellos tiempos sólo se reconocía como verdad cristiana la que había salido de los labios de alguno de los Apóstoles.

Los Apóstoles son los Pastores de los pueblos. Porque el Maestro no les confió tan sólo la predicación de la Buena Nueva, sino también la tarea de hacerla fructuosa. Ellos tienen el poder tremendo de atar y desatar las conciencias: «En verdad os digo que cuanto atareis sobre la tierra será atado en el cielo y cuanto desatareis sobre la tierra será desatado en el cielo.» Los escritos apostólicos nos dan numerosos testimonios de que aquellos buenos pescadores y labradores de Galilea no vacilaron en hacer uso de este poder. Ellos ataron y desataron, establecieron leyes y castigos, juzgaron y sentenciaron. Pedro lanzó anatema contra Ananías y Safira y contra Simón Mago, y abrió a los paganos la puerta del cielo. Pablo excomulga a un corintio deshonesto, ordena el servicio divino y establece el modo conveniente de asistir las mujeres al templo. De modo semejante obraron todos los demás. Todos se muestran como los pastores responsables de su rebaño ante el Maestro.

Los Apóstoles son los Sacerdotes de los pueblos. No se adentran en el mundo con sólo las Escrituras y su cayado de pastores, sino también con el cáliz colmado de la sangre de Cristo. No sólo con las llaves que cierran o abren, sino también con sus manos dispuestas a bautizar y bendecir. Se les confió un poder sobrehumano sobre la más íntima santidad de las almas. Es el Maestro mismo quien les ha dicho aquellas palabras: « ¡Bautizad!» «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retuviereis les serán retenidos.» Y aquellas otras aun más venerables y santas: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre. Haced esto en mi memoria.» Un antiguo escritor oriental expresa esta santificación de los pueblos por los Apóstoles en estas maravillosas palabras: «El país de Palestina recibió la bendición sacerdotal por manos del Apóstol Santiago. El país de Asia recibió la bendición sacerdotal por manos del Apóstol Juan. Roma recibió la bendición sacerdotal por las manos de los Apóstoles Pedro y Pablo.» ¿Y no viene a decir lo mismo San Pablo cuando escribe a los corintios: «Considérenos como ministros de Cristo y dispensadores de las gracias de Dios»?

¡La misión apostólica! El espectáculo de aquel puñado de hombres en lo alto de un monte de Galilea en torno de Jesús en los momentos que preceden a su última despedida resplandece por su conmovedora sencillez. Sin embargo, qué inconmensurables e infinitas son las perspectivas que se tienden desde aquel lugar y momento por la tierra hasta los confines del espacio y del tiempo y por el cielo hasta las más íntimas profundidades de la Santísima Trinidad. La misión de aquellos Doce es la reiteración y continuación de las misiones divinas para la salvación de la humanidad. El Señor mismo compara y pone en la misma línea la misión de los Doce con la suya propia y con la del Espíritu Santo. «Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros.» «El Espíritu de verdad dará testimonio de Mí... y vosotros habréis de dar también testimonio.» Lo que la divina Providencia planeó y realiza por el Hijo y el Espíritu Santo lo continúa por los Apóstoles. Los Apóstoles son la prolongación del brazo de Dios. Los Apóstoles son las estribaciones de los

montes eternos de donde nos viene la salvación. Los Apóstoles son las playas de la humanidad adonde vienen a tocar las olas de la misericordia de Dios. Nada nos viene del Padre sino a través del Hijo. Nada nos viene del Hijo sino a través de los Apóstoles. El Hijo los envió a todo el mundo. Como navíos de gran tonelaje habrán de regresar de todas las costas del mundo al Hijo cargados con todos los pueblos de la tierra. El Hijo les dio poder sobre toda carne, como el Padre se lo había dado a Él. Como victoriosos conquistadores habrán de extender su poder y ganar para Cristo pueblo tras pueblo hasta completar el ciclo de la vida divina, volviendo conquistadores y conquistados a Cristo, y todos con Cristo al Padre. «Y cuando Cristo haya dominado todas las cosas, el mismo Hijo quedará sujeto a quien las puso todas bajo su poder, para que Dios sea todo en todas las cosas.»

(Tomado de 'Los Apóstoles' de Otto Hophan, ed. Palabra, 1982, Madrid)